

Bauhaus: centenario de un sueño terrenal



Beatriz Olano, *Solo para tres*, acrílico sobre sillas y pared, felpa, 1,40 x 2,10 x 1,55 m, 2016. Foto: Carlos Tobón

1

La Primera Guerra Mundial, en medio de la catástrofe propia de toda lucha fratricida, propició cambios geopolíticos, económicos y sociales de orden capital para Europa y, por extensión, para todo el orbe. Tras la firma del Tratado de Versalles en 1919, Alemania se revisó y actualizó por medio de una asamblea nacional constituyente que dio inicio a una nueva era de alta inestabilidad e incertidumbre. La República de Weimar, como fue conocido el período entre la firma del Tratado del

Salón de los Espejos del Palacio de Versalles y el ascenso, en 1933, del Partido Nacional-socialista Obrero Alemán (Partido Nazi) al poder, coincidió con el tiempo en el cual operó una escuela de arte y diseño que sentaría las bases de una modernidad hasta entonces discutida en los discursos filosóficos y los papeles, no en la realidad.

La Staatliche Bauhaus, que aunque no se debe intentar traducir, dada la naturaleza misma

de la lengua alemana, que más pareciera una forma de pensamiento gracias a la manera como se asocian palabras simples en nuevas palabras complejas, en castellano sería algo como La Casa de la Construcción Estatal, tuvo en un corto e intenso lapso (catorce años) tres marcados momentos y una pléyade de personalidades del mundo de la arquitectura, el diseño industrial, la pintura, la escultura, las artes performativas, la música y la literatura que dieron un giro dramático a la academia y, por consiguiente, a las maneras de la enseñanza y de la transmisión del conocimiento para las artes aplicadas.

Muchas cosas coincidieron con esta mítica escuela, aparte de haber sido fundada en Weimar, tras la caída en 1918 del Segundo Reich. Las artes habían estado buscando una autonomía, una forma de ser que las convirtiera en ente y las alejara de la agotada mimesis. La idea de que la creación tuviera una forma autónoma independiente de la de la naturaleza había sido alimentada por el Romanticismo alemán y, en buena parte, se consolidó con la misma noción que fortaleció los nacionalismos de primera mitad del siglo xx, los mismos que llevaron a la proclama de razas superiores y, por ende, con derechos sobre otros por su supuesta filiación con un modelo ario puro.

En el corazón de la Bauhaus se instalaba una idea de respeto irrestricto por la otredad, fundamento que permitió una de las cosas más complejas que ha retado a la humanidad desde siempre: la idea de trabajar juntos y por un fin común, así los involucrados tengan su propio interés. Dentro de esta escuela, de características internacionalistas, que recordaba la contrarrevolución industrial (*Arts and Crafts*) de William Morris, quien actuó de manera decidida frente al peligro que significaba la industrialización que tenía en la máquina el reemplazo de la mano del hombre, no solo se estaba gestando una nueva conciencia del individuo, con relación a su capacidad y potencia, sino

que además se estaba trabajando por racionalizar la producción sentida y optimizada de creaciones de alto nivel estético con atributos formales sencillos, pero, a la vez, notoriamente pertinentes. El resultado: objetos, procesos y espacios con alta funcionalidad, costes de producción bajos, una amplia democratización del buen gusto en todos los niveles del diseño y la comunicación, y la reproductibilidad de métodos más que de fines.

De alguna forma, si bien los bolcheviques, dos años atrás, habían dado un golpe certero a las hegemonías del poder despótico, Walter Gropius y su *all star team*, con sus refinadas formas de hacer, pensar y estar, habían demostrado que el trabajo era la manera más adecuada de cambiar cualquier realidad. Si Tomás Moro pudo describir en prosa su isla Utopía, Gropius la forjó en las aulas y talleres de clase, donde la familia se vio ampliada a otros y otras que llegaron de horizontes lejanos con sonrisas y manos a trabajar. Para este arquitecto, urbanista y diseñador alemán, su gran obra consistió en entregarle a su maltrecha y desbaratada patria, una generación de jóvenes que, a través del diseño, la arquitectura y las artes, lograron reconfigurar lo que para otros había sido relativamente fácil destruir. Había optado por reconfigurar una sociedad mucho más equilibrada y menos egotista que, con preceptos de coeducación y democracia, cultivaron un entorno viable a las más divergentes formas de ver la realidad, esa que se construye con múltiples puntos de fuga y tiene asidero una vez que nos disponemos a vivir juntos lo que nos ha sido posible crear.

Un nuevo país que nace con una nueva escuela. Weimar fue de esta manera epicentro de un fuerte pulso vital que permitió concentrar una masa crítica de conciencia, estética y respeto más allá de los límites previstos por un siglo que traería muchas sorpresas para la raza humana, porque somos eso, una raza, no muchas o varias, como lo hicieron ver los padres

del terror que segó esta lógica maravillosa de trabajo colectivo. Quizá la idea de que todo hombre es un artista, que apareció en la mente de Joseph Beuys, tras la Segunda Guerra (que para algunos teóricos no fue más que la continuación de la primera), tiene mucho que ver con lo que Gropius quiso para una nueva realidad social en la cual las artes no fueran ajenas a nadie, pues en su poder coexisten la ética y la belleza.

Los creadores, a diferencia de las criaturas, son necesarios en toda sociedad que quiera ser dueña de su devenir. La capacidad de creación nos asiste a todos y, en su mediación, radica buena parte de la liberación, según dejan ver muchas filosofías de vida alrededor del mundo y a lo largo del tiempo. La diferencia radica en quienes son capaces de crear juntos. La Bauhaus logró, entre muchas otras cosas, cerrar la brecha entre los engalanados y engréidos artistas (robustecidos por el Romanticismo) y los humildes y precisos artesanos. Por otro lado, permitió que los discípulos (alumnos) tomaran, en su debido momento, las riendas de la responsabilidad de los procesos, cosa que distaba de las tradicionales formas de enseñanza en las que la maestría no solo la daba el hacer, sino también la edad. Y, en tercer término, y no menos importante, la Bauhaus tenía claro que se debía tener en las aulas a los mejores y más dotados y expertos tutores. Fue así como llegaron a Alemania, desde muchas latitudes, nombres de la talla de Wassily Kandinski, Paul Klee, Lászlo Moholy-Nagy a trabajar con lo más granado de la escena germana. De la misma manera, las mujeres que habían optado por el camino del diseño tuvieron su aparición de forma igualitaria frente a los varones. Lilly Reich, Gunta Stölzl, Anni Albers, Lotte Beese y Grete Stern fueron algunas de estas creadoras que consagró la escuela de artes y oficios más connotada del siglo xx.

Para 1933, y después de haber pasado por tres sedes (a Weimar siguió Dessau y más tarde

Berlín), la política dio un giro y, con este, el destino de la Alemania, que se había logrado consolidar en esos catorce años. Un hombre de artes había llegado al poder. Adolf Hitler, quién lo creyera, había estudiado arte, era un buen escritor, pero, quizá lo mejor que alcanzó a perfeccionar fue su poder de persuasión política. Este tipo, que fuera conocido más tarde por sus execrables métodos de segregación, odiaba tres cosas: a los intelectuales, a los judíos y, especialmente, al arte moderno, y, la Bauhaus, aparte de ser la casa de la construcción del Estado, era precisamente la casa de la modernidad intelectual judía alemana.

Catorce años bastaron para que la paz de los espejos de Versalles se quebrara, y con ella la ilusoria realidad que dibujó la escuela de Weimar. Cada creador tomó su rumbo en una diáspora que beneficiaría al mundo en tanto que los diseños y maneras de la Bauhaus partieron con ellos a medrar en otros rincones. Una cuarta versión trato de renacer en los Estados Unidos, pero ya no se tenía el ímpetu ni la perentoriedad que se reclamaba para que el experimento volviera de las cenizas.

Esta *Agenda Cultural Alma Máter* está dedicada al centenario de la Bauhaus y trae voces autorizadas para hablar e ilustrar un sueño que tuvo lugar en la tierra, que fue real, y en buena medida lo sigue siendo. Manuela Alarcón López, Marcela Ceballos González, Juliana Congote Posada, Camilo Restrepo Ochoa han escrito desde su propia experiencia y experticia para nosotros artículos de gran valor histórico y testimonial. Theodor Adorno aparece con su célebre "*Asilo para desamparados*" y Beatriz Olano, artista plástica, nos permite ver en su particular visión del mundo, una forma exquisita de expansión del espacio, donde los tiempos pueden durar eternidades en un solo color o forma, tal como ocurrió con las creaciones de la Bauhaus, que no cesan de ser interpretadas.

Oscar Roldán-Alzate